

VI

Poco tiempo después partía yo con mi madre, con objeto de pasar una temporada con el tío de que ya hablé, en el campo, cerca de Arras; allí, en la paz y sosiego de la campiña y algo también de su soledad, pese a algunas partidas de pesca y caza, y numerosas comidas en numerosos pueblos donde teníamos parientes, aburríame un poquito. El tedio es, a veces, si no muy buen consejero, por lo menos quizá un buen consejo. En primer lugar, apacigua los sentidos todos, y Dios, o mejor dicho, el diablo, sabe si los míos, todos, tenían y tienen todavía, ¡tal me temo, vieja bestia que soy!, necesidad de ser aquietados; luego su sabor, en momentos que son buenos, en medio de tantos fastidiosos cuartos de hora, seazona con un después de todo, bastante buen amargor, se acidula con algún espíritu de crítica, o, por mejor decir, de fría y, por lo tanto, refrigerante clarividencia que sienta bien en algún sentido, y hasta moraliza punzando, aunque sea a costa de un sufrimiento, por eso mismo digno de buena acogida.

Mi sufrimiento era instintivamente la nece-

sidad que rayaba casi en deseo —tan aguda era a intervalos— “de cambiar de vida”, como dice la divertida heroína de Víctor Hugo... Claro que yo no había dejado de llevar, de mi vida de París, bebidas, hembras, todo ese tufillo a vicio y desorden que perseguían a los primeros santos hasta en el fondo de las más austeras Tebaidas, y hubiera sido para mí, pensaba yo, o mejor dicho, lo experimentaba, un gran dolor romper con esa delicia, no conocer ya el sabor de los labios, de los pechos, de la carne, toda, el enervamiento, la excitación de las sabias y perversas y para siempre, sí, a pesar de todo, inolvidables caricias de tantas mujeres, para no hablar de otras delicias.

¡Oh, ese deleite! ¡Y qué cierto es que, por lo que a mí se refiere, esa palabra, aunque yo barruntase desde entonces el literal horror de esos amores y su verdadera, y sin hablar ya a lo burgués, su literal criminalidad! Las mujeres de la categoría a que podían aspirar mi innata timidez y mi modestísimo bolsillo enajenábanme, ¿lo creeréis? Yo las tenía metidas en la masa de la sangre, mi piel buscaba la suya, la de ellas, en plural, bien dicho. Me imagino que si una reina, una emperatriz, o sencillamente una mujer casada, una mujer “decente”, según la frase vulgar, se me hubiera ofrecido, yo le hubiera suplicado que me dejase en paz...

Y he aquí que, sin embargo, una lasitud, y algo así también como una plenitud empezaba a apoderarse de mí, a anegar todo mi ser; era aquel un verdadero "estado de alma" enfermi-zo, algo así como unas predisposiciones, vagas todavía, pero muy sintomáticas, a la indigestión moral.

A esas alturas psicológicas había yo llegado cuando cierta mañana ocurrióseme el antojo de ir a dar una vuelta por la población. Podía tomar el tren; pero preferí seguir el río canalizado de Scarpe, celebrado en los versos del gran poeta Desbordes-Valmore; a lo largo de aquellas riberas muy variadas alternan cereales, avenas, trigos, centenos, barbechos, y pantanos sin fin, casi sin fondo, donde duerme la carpa, corre la anguila por entre los tallos de los nenúfares y las lanzas del gladiolo de agua; a la sombra, por lo general, "de los negros álamos", los blancos sauces y la gris y alta hierba, un camino verdaderamente encantador en aquella comarca, más bien roma de aspecto lo mismo que de terreno. Además de esto, algunos pueblecitos, no muchos, con posadas enjalbegadas, balcones con visillos

de algodón

Con grandes listas rojo y ladrillo y blancas,

donde habla en dialecto una posadera, por lo general garridamente rosada y pelirroja, no sin atractivo las más de las veces, encuéntranse también a una y otra orilla del río. Al acercarse a Arras, se pasa por Blangy, una "barrera grandecita" donde en estío va a descansar la guarnición del pueblo, siendo célebre ese arrabal, entre árboles y jardines, por haberlo elegido para sus reuniones la sociedad de los Rosati, algo académica y discretamente báquica, de la que formaron parte, entre otras celebridades, los dos Robespierre y Carnot, el abuelo. La entrada en el pueblo mismo era especialmente pintoresca; digo "era", porque de entonces acá, y no hace mucho tiempo tampoco, según parece, han desmantelado "esa plaza fuerte", según la llama el señor Peruchón. Cerca de medio kilómetro antes de costear la fortaleza para dirigirse a una gran fuente llamada —¿por qué?— la Playa, ataviáse el Escarpa de una vegetación subacuática que resultaba fantástica, orientalmen- te, miliunanochescamente hermosa cuando el sol la penetraba, y que en los días nublados llenábase de una sombra casi de todo punto inquietante... ¡Una selva anegada, con alegrías como locas y tristezas rayanas en el terror!...

El día de que hablo visité casi todos los cafés de Arras, que son numerosos; luego entré en algunas, ocho o diez a lo sumo, de las tabernas

C O N F E S I O N E S

de la dicha ex capital del Artois, que son innumerables. Resultado final: una "jumerá" que acabó en una casa de mujeres, extinguiéndose allí en "oleadas de placer"... a tanto la hora.

Tomé el tren de madrugada para volverme a nuestra aldea, y al otro día me desperté con un dolor de cabeza y unas náuseas, morales y de las otras, que me parecieron un castigo; pero un castigo, ¿por qué?